

Mariano Latorre

Anécdotas y recuerdos de medio siglo

MIS ESCUELAS, MIS LICEOS



PRENDI mis primeras letras en un colegio mixto, que el Maule. Así llamamos a la vasca Nueva Bilbao o la abrieron las monjas de la Inmaculada Concepción en Constitución de la Independencia los maulinos auténticos.

Era una vieja construcción de provincia, que ocupaba casi una manzana, cubierta por un inmóvil océano de tejas oscuras, a poca distancia del río, cuya cinta azul recortaban los muros verticales de las casas, al fin de la calle.

Esta presenta la mampara monumental, cuadriculada de vidrios verdes, rojos y azules, a través de los cuales se entreveían masas confusas de follajes, un borroso y lejano paisaje de leyenda.

Un anudado cordón colgaba a la derecha. Al tirarlo sonaba un repiqueteante campanilleo, se abría la gran puerta y la hermana lega, una fuerte cerruca de Nirivilo, inspeccionaba al recién llegado. El paisaje irreal se cuajaba ante nuestros ojos con el verdor reluciente de sus naranjos, lúcumos y laureles rosas.

No son abundantes mis recuerdos de la escuelita conventual,

pero los que han sobrevivido tienen una angustiosa emoción de otro tiempo, el aroma de la vida muerta. A veces, pienso que lo he soñado y que la imaginación le dió a su antojo vida real.

Veo los interminables corredores, animados por el ágil deambular de las monjas con sus hábitos negros y sus albas tocas, a todas las horas del día.

Me recuerdan hoy, debe ser por la antítesis de lo negro y de lo blanco, a las golondrinas de primavera y a las gaviotas de todo tiempo. Y en golondrinas y gaviotas clasificó la fantasía a las hermanas o novicias que algo tuvieron que ver con mi vida de niño.

Golondrina era Sor Etelinda, la profesora de dibujo, con sus manos transparentes y ligeras como alas y también Sor Florinda que me enseñaba el ojo o la mano en un viejo silabario.

Yo sentía sobre mi cabeza la caricia de su mirada azul o el tibio rocío de su sonrisa.

A veces, con un gesto de niña regalona, sacaba una manzana de oro del sesgado bolsillo de su hábito y al dármela, me estremecía como si cometiese un pecado.

Y era gaviota Sor Deifilia, la superiora, una mujer de rostro pálido, moteado de lunares y con una irritada voz de mando. Sí, era una gaviota Sor Deifilia, una chillona gaviota de la barra, llena de ira, porque la braveza del mar no le permitió engullirse una sardina en toda la jornada.

Dos hechos, dispares, pero unidos por la misma emoción, aparecen en mi memoria, mientras fuí alumno de la escuela de las monjas.

Las nupcias de un enjambre, primero, que abandonó durante una mañana de diciembre su colmena.

Negro racimo zumbador que se iba elevando poco a poco sobre el tejado del convento y que novicias y legas trataban de atraer de nuevo al colmenar con agrio estridor de tarros golpeados o de matracas de Viernes Santo, sacadas de sus cajones.

El enjambre no volvió. ¡Quién sabe qué rincón de selva, al otro lado del río, lo atrajo con irresistible magia!

Soñé muchas veces con estas abejas aventureras que prefirieron el hueco de un viejo roble maulino a la paz del jardín del convento.

El otro hecho, unido casi a la fuga del enjambre, tiene en el fondo un sentido semejante.

En la puertecita desvencijada que separaba el jardín del patio había un pequeño pozo, donde íbamos a beber agua en los recreos.

Una tarde, llegué corriendo al brocal del pozo, pero algo me detuvo y me hizo olvidar la sed.

A un lado, en un reguero, como a la orilla de un río, había un pequeño bote de perfecta construcción. Era la miniatura de un bote pescador de la Poza. Alargado el casco rojo y blanco y hasta con los bancales y el timón. Me quedé extático, mirándolo. Casi no era un juguete para mí. Era el barco de mis sueños, la realización de mi aventura espiritual. No se me ocurrió que pudiera pertenecer a otro, en tal forma se había compenetrado con la materia misma de mi alma y de mi cuerpo. Lo cogí y lo oculté bajo mi delantal estudiantil, pero en ese mismo momento apareció el dueño, el feliz poseedor del juguete mágico. Era un niño Hoyl, hijo de unos comerciantes yanquis establecidos en el Maule. Ni yo quise entregárselo ni él logró quitármelo. Y comprendí que no era el barco mismo el que defendía tan valientemente, sino la posesión de un ideal, el futuro de un ensueño.

A nuestros gritos y manotones, acudió Sor Florinda. El bote, por el momento, pasó a sus manos, pero yo sentí sobre mi cabeza el roce de sus dedos y con el roce la suavidad celeste de sus ojos. Y vino la serenidad, porque al primer ensueño lo sustituyó otro, más próximo, más humano, que estaba en manos de la monja.

Vinieron después las preparatorias del liceo.

Materias y estudios se han esfumado o porque los profesores no lograron atraerme o porque mi temperamento soñador me impe-

día concentrarme y asimilar los estudios. No he olvidado, en cambio, los recreos en el amplio patio.

Jugábamos rabiosamente a las bolitas. A la troya, por ejemplo, que era un círculo lleno de bolitas que nosotros debíamos sacar por medio de otra bolita, que disparábamos, apoyando con fuerza el pulgar en el índice.

El mandi era un hoyo que se llenaba de bolitas de piedra, juego rápido, para el cual se necesitaba una puntería infalible, si no, se perdía la jugada.

Con frecuencia nos ganaba al mandi todo el caudal de bolitas, que comprábamos en el despacho del Cap Donn, un italiano recién llegado al Maule, un Figari o un Forno, que ponía en embolsicarse las policromadas esferitas, el mismo empeño que sus padres o sus compatriotas en robar el peso de las ventas en sus mugrientos despachos.

Después de la revolución, el pequeño liceo del puerto tuvo el privilegio de tener algunos profesores alemanes, que no pudieron ser colocados en la capital o en Valparaíso. Entre ellos, el ilustre Reiche, que enseñó Ciencias, autor de la "Geografía Botánica de Chile", aún consultada con provecho.

Al mismo tiempo, me tocó conocer el revés de Reiche, un preceptor alemán tonto, ese que cree saber más que Dios, según decía Bismarck. Se llamaba Rickol.

Cabezón, con hirsutas mechaz rojizas en torno a las orejas y unas pupilas incoloras, mirando hostiles, a través de unos lentes espesos.

Nos enseñaba aritmética, es decir, trataba de enseñarla, porque la mitad de la clase, en vista del desorden que reinaba en ella, la dedicaba a insultarnos en un dialecto sajón, del cual entendíamos sólo la palabra *indiano*, con la cual supongo que nos llamaba indios o mapuches.

Su figura era trágicamente cómica, sobre todo si se le veía deslizarse rápidamente por los corredores. No se sentía el ruido de sus

pasos, porque sus zapatos sin tacos parecían babuchas y los pantalones, pegados a las piernas, recordaban los de un acróbata, al cual le hubieran quedado grandes las mallas.

No teníamos gran apego en el Maule, ni a los alemanes recién inmigrados ni a los italianos. Los primeros fueron panaderos y los segundos, como siempre, establecieron despachos donde explotaban al menudeo la imprevisión de nuestro pueblo bajo.

Especialmente a los alemanes los odiábamos. Al amasar el pan de leche de los países fríos, blanducho y dulzón, se fué haciendo cada vez más escaso el pan de mujer, el de la Marcelina, tibio y sabroso que, untado de mantequilla, devorábamos en las mañanas antes de ir a clases.

Una tarde de principios de enero, nos embarcamos en un pequeño vapor de la Compañía Sud Americana, el "Lircay", a Valparaíso, a donde se había establecido mi familia.

En Valparaíso fuí matriculado en la segunda preparatoria del liceo.

Mi permanencia en el puerto y en su liceo, no dejó gran rastro en mi vida. Recuerdo unas enormes salas, rebosantes de niños. Debo haber figurado en alguna lista, sin duda, pero es el caso que nunca oí pronunciar mi nombre durante la clase. De los profesores, sólo recuerdo al Rector, un alemán de pelo rojo, de aspecto severo, a quien nunca vi sino de lejos.

Más claro, en la perspectiva del recuerdo, se me aparece una planicie, algo como una colina, de donde se divisaba el mar y los miles de pontones y buques fondeados, el ajetreo de los remolcadores y la llegada o salida de los grandes barcos, echando gruesos cordones de humo por sus chimeneas.

Atrás, se alzaban los cerros, erizados de grises edificaciones, del mismo color de la greda negruzca, tan unidos a las desigualdades del terreno, que más parecían una vegetación espontánea que construcciones humanas.

En este patio y en un pequeño declive, había una casucha, don-

de estableció su taller un embalsamador. Era un viejo afable, de cara renegrida y barba blanca que poseía el don de transformar una vacía piel de zorro o de venado en un animal vivo. Sobre pequeñas tablas permanecían los animales algún tiempo hasta ser trasladados a los gabinetes de zoología del liceo. Fijos en sus pies de madera, con los duros ojos vidriados, tenían cómicas actitudes. Algunos, el gesto envarado del huaso que desea retratarse y salir bien.

Los muchachos se entregaban con verdadera pasión a un violento juego, llamado por ellos Juan Engorda, en busca de su mujer.

Sólo en Valparaíso lo he visto jugar. Consistía en un círculo de muchachos fuertemente sujetos de los brazos. En el interior del círculo Juan Engorda iniciaba un rápido trote o galope, como el de un caballo alborotado y de improviso rompía la cadena de brazos de un brusco empujón. Muchas veces vi caer algunos niños mal heridos.

El juego debe ser de origen español, tal vez medieval. Así se justifica ese *en busca de su mujer o de su primer hijo* y la imitación del trote o del galope de un corcel. El Engorda es, quizá, una variante criolla de Juan el Gordo, algún héroe anónimo de una conseja de Castilla.

En el juego del corderito, muy común en nuestras escuelas, hay un procedimiento semejante, aunque menos rudo:

- Corderito, *sale* por la puerta.
- Por Dios, que no tengo puerta.
- Sale* por donde *dentraste*.
- Romperé las siete puertas.

Al final de ese año mi padre fué nombrado en un puesto público, en un pueblo del sur de Chile, en Parral, al pie de la cordillera de los Andes.

Fuí matriculado en la Escuela Pública de la villa. Mis recuerdos de esta escuela son precisos y gratos, a pesar de que no fuí amigo de mis condiscípulos de entonces.

Era un alto edificio de dos pisos, de sobria arquitectura, la que importó Balmaceda de las escuelas alemanas y que multiplicó por todos los pueblos de Chile. Se las llamó Escuelas Modelos.

Amplias salas y bellos patios, llenos de luz.

Enseñanza y alumnos eran nuevos para mí. Sobre todo los niños, pertenecientes a las clases medias y bajas de un pueblo eminentemente agrícola. Diferencia de espíritu y de vestimenta. Parecían de una raza distinta. Sin ser malévolos, la burla, la chacota, constituían su modo de ser, su segunda naturaleza, quizá su evasión espiritual.

En cuanto al traje revolucionaba en todo lo que yo conocía hasta ese instante. No usaban abrigo, sino poncho y su sombrero, de paño o de paja ordinaria, estaba en lucha constante con sus cabelleras sucias que, a menudo, recordaban los pelos tiesos de los indios.

Para ellos también fuí un ser extraño, excesivamente rubio y colorado. No se portaron mal conmigo. Más bien me protegían y sé de alguno que es hoy día millonario. Me divertían, como si fuesen los personajes de un sainete.

—Oiga, don. Mire, don.

De acuerdo con sus temperamentos regocijados, chabacanos, me llamaron el *cara asá* (asada por el color encendido de mi cara).

El primer año de humanidades lo cursé en Cauquenes. Fuí pupilo de un pequeño internado que organizó en esa ciudad Abraham Valenzuela, profesor de castellano del liceo.

Guardo un grato recuerdo de este hombre dinámico y vital, que hizo de la monótona vida provinciana un divertimento inteligente, un regocijo de todos los instantes.

Poseía ingénitamente el humor, el don de trazar una caricatura en pocas palabras. Improvisaba versos graciosísimos, a la manera de Vital Aza y Pérez Zúñiga.

Siento no haber conservado los medallones, quartetas y quintillas, en que caricaturizaba a los Lavines y Urrutias, los Urrutias

y Lavines que poseían cerros y vegas en los alrededores del viejo poblachón.

Decía, riéndose de sus pretensiones aristocráticas:

—Es curioso como esta gente, en el fondo buena, se esfuerza en aparecer fina e inteligente. Les resulta caricaturesco, pero quienes tienen la culpa son los siúuticos de pueblo chico que los admiran y los imitan.

Continué mis humanidades en Talca, en cuyo internado obtuve una beca en 1902. Me dí cuenta que Talca repetía a Cauquenes, como Cauquenes a Parral en las características de su psicología social.

Los terratenientes talquinos, más ricos y más cerca de Santiago, que era el modelo al cual imitaban, tenían también un exagerado concepto de su origen. Considerábanse nobles, a pesar de que su físico nada tenía de refinado. Era frecuente el indio y a veces el mulato. La estatura baja, facciones toscas y ademanes plebeyos.

Como Parral y Cauquenes, Talca era fundamentalmente huasa y en la posesión de la tierra residía su pretensión nobiliaria. Y aunque adquiriesen cultura y fuesen muchos, médicos y abogados, el humor huaso sobrevivía en ellos, produciendo inesperados efectos cómicos.

Las pocas familias, fundadores de San Agustín de Talca, y a veces emparentadas entre sí, tenían sus rivalidades locales y poníanse motes, en las tertulias del Club Social o en las fiestas campesinas que, por una jocosa coincidencia, se referían a vulgares aves de corral.

Había, por ejemplo, una familia Donoso, de hombres regordetes, de exigua estatura y de ademanes precipitados, a quien llamaban los *pollos*. A este grupo pertenecen mis amigos Armando y Ricardo Donoso, pero estos pollos se hicieron águilas por la calidad de su inteligencia y de su cultura. Y otra, la de los *patos Garcés*, bajos, rechonchos y patiabiertos, que no han producido ningún hom-

bre célebre y la de los *pichones Cruz*, descendientes, según Hederra Concha, cronista de Talca, del Conde de Maule.

Eran grandes, torpes, como pichones que no conocen aún el vuelo. Tampoco tienen en su historia familiar un hombre de valer, salvo Feliú Cruz que no recuerda a un *pichón* sino a un *zorzal* por su flacura y por el vigor de su canto.

Durante cinco años fuí interno en el caserón de la calle 3 Oriente que regaló el obispo Cienfuegos a principios del siglo XIX.

Aunque no se había implantado el sistema concéntrico en todos los colegios del país, el liceo conservaba en parte el sistema antiguo, memorizante, de dar y tomar lecciones mecánicamente. La rutina, a pesar de existir legalmente la nueva metodología, residía en los profesores de afición, abogados que enseñaban gramática e historia o en médicos que daban lecciones de química o de física.

El novísimo sistema lo practicaban en el liceo, Fidel y José Pinochet Le Brun, profesores de Estado en Castellano y Ciencias y Darío Castro que enseñaba alemán.

Estos profesores fueron impuestos al Rector por el Ministerio de Instrucción Pública (así se llamaba entonces) y pertenecían al primer grupo titulado en el Instituto Pedagógico.

El sostén de los viejos métodos y de los viejos profesores era el Rector don Gonzalo Cruz, descendiente también como los pichones y Feliú, del Conde de Maule, un vejete de huraña personalidad y de modales nada seductores.

Existía una sorda lucha entre el Rector y los nuevos profesores, que no se manifestaba sino en saludos estrictamente protocolares, en gestos displicentes por ambas partes o en algún chiste anónimo que llegaba a oídos del Rector, provocando su ira, pero sin que pudiera culpar a nadie.

Los Pinochet Le Brun eran una familia dedicada profesionalmente a la enseñanza. No parecían tener mucha fe en lo que pudieran hacerse, por intermedio del Ministerio o de la Universidad, me-

por dicho del Estado. Se estableció en Talca su hermano Tancredo, profesor de inglés y fundaron un liceo moderno, particular, con la colaboración de Julio Saavedra y un matemático de apellido Medina. El colegio tuvo un éxito extraordinario de matrícula.

Las mínimas manos a la espalda, mirando desconfiadamente en torno suyo, el rabioso viejecillo se paseaba por los corredores del Externado. En el Internado no lo vi nunca. Cada cierto tiempo se detenía, miraba a su alrededor y se limpiaba furtivamente en la pantorrilla de sus pantalones sus pequeños zapatos de charol y seguía su camino. Si el paseo coincidía con la salida de clases y alguno de los Pinochet o Darío Castro aparecía en el corredor, don Gonzalo se escabullía con una agilidad de ratón para evitar el saludo.

El Externado y sus disciplinas las mantenía el Inspector General, el zorro Villarroel, cuya recia figura y sonora voz de sargento instructor, se oía en todo el patio, la recogían todos los oídos y devolvían el eco todos los rincones.

Entre los viejos profesores del liceo queríamos a don Manuel Yáñez, ingeniero sin título que nos enseñaba aritmética, álgebra y geometría.

Alto, de anchos hombros y de claros ojos, que intentaban mirar con dureza, pero que no podían disimular su bondad ingénita.

Por eso, porque era bueno y generoso, no oíamos sus explicaciones, ni guardábamos la compostura necesaria, durante la clase. Sólo al ponerse de pie el anciano, en actitud decidida y decir con voz sorda, mientras cogía nervioso el libro de clases:

—Bueno, señores, a grandes males grandes remedios—nos callábamos, amedrentados por el tono de la voz y por el apocalíptico sentido de amenaza del viejo refrán castellano. Esperábamos temibles represalias que no llegaron nunca.

A José Pinochet, pedagogo nato, ágil, erudito y ameno, lo oíamos en religioso silencio. José Pinochet era un hombre comunicativo, lleno de optimismo, la ocurrencia a flor de labios.

Recuerdo una anécdota que nos hizo reír de buena gana, un helado día de agosto.

Para completar su horario, José Pinochet, como otros profesores, nos hacía de 8 a 9 de la mañana una clase de gimnasia.

Entre los alumnos de los cursos superiores, había un hijo de españoles, Bernardo Quijano, cuyo padre poseía una gran tienda de lujo en Talca. Quijano era un hombre elegante, vestido siempre con telas de primera clase y cortadas a la última moda de Santiago. Ese día llevaba un abrigo de entretiem po, color ladrillo, de tipo inglés, muy usados en esos tiempos por los elegantes. Era un abrigo corto, abierto atrás como la chaqueta de un guardiamarina, que no alcanzaba a la mitad del muslo.

Quijano no se lo había quitado, como era costumbre en la clase de gimnasia y su mancha de greda, resaltaba entre nuestras pobres chaquetas estudiantiles.

Trotábamos alrededor del patio, cuando José interrumpió el ejercicio a la voz de: ¡Alto! En su lugar, descansen. Se acercó y dijo con tono jocoso:

—Dígame, señor Quijano, eso que usted lleva es un abrigo corto o una chaqueta larga?

Estalló una carcajada en las filas. Quijano, un muchacho de exigua contextura, cabezón y de piernas cortas, se apartó de las filas, se sacó su abrigo y lo dejó en un banco del corredor.

Fidel Pinochet tenía, como su hermano, un espontáneo sentido del humor. Sus ejercicios de análisis lógico, había sido alumno de Nercassaeau y Morán, nos atraían por su claridad y justeza interpretativa.

Su conocimiento de la literatura castellana, del alma del idioma, sobre todo en la prosa, era tan hondo y refinado que yo le debo el gusto por la armonía de la frase y por los bellos vocablos, ricos de color y de ritmo que no sólo he buscado en mis lecturas de los clásicos, sino en los chilenismos y las eufónicas palabras de la toponimia mapuche.

Fué Fidel Pinochet quien descubrió mis aptitudes de pintor literario. Por él leí a Pereda y conservo aún una edición de "Peñas arriba", de las viejas ediciones de Victoriano Suárez, que él me dió como premio a mi éxito en un pequeño certamen literario.

A don Fidel se le había ocurrido familiarizarnos con el endecasílabo y heptasílabos castellanos. Nos dió un modelo de humorada campoamoriana y nos pidió que hiciéramos una estrofa, imitándala.

Entre cincuenta imitaciones obtuve el primer premio con esta humorada:

*Elena, no te asombres,
si por que me has olvidado no he sentido:
yo soy cual ciertos hombres
que no aceptan amores sin olvido.*

La copla la inspiró una niña, llamada Elena Salinas que me dió calabazas con un teniente del Chorrillos. Yo reaccioné en esa forma.

Fidel Pinochet aplaudió la estrofa y a guisa de elogio, hizo un chiste:

—A lo mejor es una humorada de Campoamor que Latorre ha encontrado por arte de magia.

Y un condiscípulo, un indiecito, que he perdido de vista afortunadamente, se dió el trabajo de leer toda la obra de Campoamor para comprobar lo que el profesor dijo en broma.

Darío Castro era otro profesor de alta calidad pedagógica. Si de alguien puede asegurarse que todo lo debe a su esfuerzo personal, es seguramente de él. Nació con el don de enseñar idiomas, como otros nacen cantantes u oradores. El don de comunicar sus hallazgos filológicos, el secreto de una sintaxis y el espíritu de una literatura. En tal forma que, al terminar su sexto año de humanidades nuestros estudios de alemán, podíamos traducir el segundo Fausto sin grandes dificultades.

El me ha contado esta anécdota, en la que fui protagonista y que yo había olvidado.

A comienzos del segundo Fausto, aparece Dios y habla a los hombres y al mundo con una honda comprensión de la vida y de su ética.

Me cuenta don Darío que yo levanté la mano para hablar y dije:

—Estoy seguro que si Dios apareciese en este instante, hablaría con las palabras de Goethe.

Antítesis de esta provechosa enseñanza era la estéril clase de francés que nos daba un vejete decrepito de apellido Moreira, a quien llamábamos El Chupa Charqui, por la forma cómo alargaba la boca para pronunciar la *u* francesa.

Se contaba que había viajado por Europa, donde perdió fortuna y salud. Nosotros recibíamos los restos del francés, asimilado en sus juergas de París. Tediosas traducciones, que hacían muy difícil la disciplina. Algún muchacho más impaciente, hablaba o se movía. Entonces el vejete interrumpía la traducción para decir con una cómica voz, de seniles temblores:

—Guarde silencio, señor. ¿No ve que hace rato que lo estoy reconviniendo con los ojos?

Y lo curioso del caso es que Moreira usaba unas negrísimas antiparras y los ojos no se los vimos nunca.

Si el Externado tenía dinamismo, gracias a la energía del “Zorro” Villarroel, en el Internado no había ni orden ni disciplina.

El Vice Rector, a quien llamaban el Macho Barahona, era un pequeño terrateniente de Colín que don Gonzalo Cruz trajo al liceo, por recomendación de un intendente. No podía tildársele de mala persona. El relieve más saliente de su carácter consistía en llevar la contraria al niño o al apoderado, con razón o sin ella. Creo que por esto le decían el macho.

Descontrapesaba toda disciplina e impedía toda fiscalización, un grupo de jóvenes, ya maduros, que completaban unas tardías hu-

manidades en el Internado. No se resignaban a vivir como los demás alumnos y mediante pródigas propinas al ropero, salían por las noches del Internado. El Macho Barahona lo sabía, pero no se atrevió a denunciarlos nunca. Primero eran esos jóvenes los que salían, luego los de quinto año y algunos precoces del cuarto que contaban a sus camaradas las remoliendas en la casa de la Rosa Amelia, de la Chofa o de las Parralinas. Más tarde, esta desidia criminal trascendió al pueblo y fué una de las causas de la salida de Barahona y del Rector.

Un amplio vestíbulo, sombrío y con rejas de madera labrada, como un locutorio de convento, en cuyo fondo tictaqueaba un viejo reloj monumental, daba acceso a los dos patios. Por la puerta de la izquierda se entraba, de golpe, al patio del Internado.

El viejo Severo, canoso y afable, era el portero y con sus llaves mohosas en la mano, amo y señor de la portería.

Acentuaba la característica conventual, además de los corredores claustrales, una capilla que ocupaba una de las salas del edificio. Nunca se dijo misa ahí. Y sin embargo, era una risueña iglesia, con su altar de doradas columnas salomónicas y un Cristo tallado, sobre el Sagrario.

En el otro extremo, junto a las cocinas del Internado, había unos calabozos o celdas de gruesos muros, con restos de cal y letras o frases en latín o castellano. En lo alto, un ventanuco cuadrangular colaba una rayola de luz.

El doctor Hederra Concha nos cuenta que fueron, primero, celdas de coristas y en la época del guante, calabozos para castigar faltas graves de disciplina o de moral. Dice que se aplicaba la pena con la siguiente explicación:

—Cinco días de calabozo, a pan y agua, con derecho a balde y papel.

Barahona, contagiado quizá por el refrán de don Manuel Yáñez: “A grandes males grandes remedios”, y por airada decisión del Rector, al saber lo que en la calle y en el Club se decía del Inter-

nado, contrató a un extraño personaje que vimos aparecer una tarde en los comedores y en la noche en el dormitorio.

Era un hombre alto, de ojos achinados de expresión dura. Le faltaba el brazo derecho y la manga flácida estaba siempre metida en el bolsillo de la chaqueta. Se apellidaba Quijada y según se decía, asuntos de familia lo obligaron a cortar la carrera de leyes y establecerse en Talca. Se comentaba que el fracasado estudiantón, hombre ya maduro, se había comprometido con Barahona a reformar la disciplina y a obligar a los alumnos a cumplir el reglamento del Internado.

Ruda era la tarea y Quijada se enfrentó valientemente con los jóvenes calaveras, echando desde luego al ropero y condenando las puertas que daban a la calle 1 Norte.

Y los internos, bajo el silbido de los picos de gas o en los rincones oscuros, conspiraban contra el tirano, a quien comenzamos a llamar desde ese instante don Quijola.

En la noche, mientras comíamos, algún muchacho decidido se colaba en el dormitorio y le anudaba las sábanas con apretados nudos ciegos o sembraban de picapica almohadas y colchas.

Y al darse cuenta que don Quijola estornudaba o trataba de desatar los nudos de las sábanas, oíanse risas contenidas o voces desfiguradas que lo amenazaban, pero el impasible zunco, aunque nunca averiguó quién fué el de los huaches y el de los insultos, no cejó en su lucha por restablecer el orden, como si estuviera seguro de triunfar.

Su arma más poderosa era el castigo por horas que se pagaba, como deuda sagrada, después de las clases y en los días domingos.

Una tarde el motín estalló, erizado de gritos y de insultos. Vidrios rotos, puertas desgonzadas, catres de hierro, amontonados a guisa de trincheras, en todas las salidas a la calle.

Nadie asistió a clases ese día. Los internos se reunieron en los corredores y en filas de a cuatro, marchaban, golpeando marcialmente los ladrillos al grito de: On Quijola, On Quijola, On Quijola.

Y los externos, al darse cuenta de lo que sucedía, se contagiaron rápidamente y a pesar de los gritos de Villarroel y de sus actitudes amenazantes no entraron a clase y se acumularon en la gran puerta que comunicaba los dos patios, hasta derribarla.

Villarroel, enérgico jefe y político hábil, se calló, abandonando el patio. Las autoridades no existían ya. Nada se supo de don Gonzalo ni del Macho Barahona. Sólo, a veces, como un heroico capitán de buque naufrago, se asomaba la cara de chino de Quijada, hermano de raza de don Pedro Aguirre Cerda.

Toda la ciudad era espectadora en ese instante de la sublevación de los liceanos. La policía, al mando del veterano Cristi, se alineaba frente a la fachada del liceo.

Fidel Pinochet, risueño, abandonó el patio con sus pasos cortos y nerviosos. Sólo Darío Castro, dueño de sí mismo, conversaba con sus alumnos y hacía chistes.

Recuerdo que un muchacho de apellido Bravo, de Colín, comentaba que en su pequeña aldea, Colín, abundaban los Azócar, los Bravo y los burros.

Castro lo interrumpió para decirle:

—En todo, es preciso clasificar, señor. En Colín hay Azócares y asnos, Bravos y burros.

Todo se apaciguó a la hora de comida.

Se habían pisoteado las pobres prendas de vestir de Quijada y en vano se buscaron los enormes libros, donde se consignaban las horas de castigo, otra de las razones del motín.

A los pocos días se supo de la jubilación de don Gonzalo y de Barahona.

Una mañana nos dijeron que al día siguiente llegaría al liceo, el nuevo Rector, don Enrique Molina.

Nosotros pensábamos en Fidel Pinochet o Darío Castro, pero el Ministerio nombró a don Enrique y en, lugar de Barahona, a un profesor del Liceo de Chillán, Alejandro Venegas.

Vimos a don Enrique un mediodía de primavera. Su gesto afa-

ble, su sonrisa acogedora y la palabra fácil, cálida, nos conquistaron de inmediato y para siempre.

No alcanzaba don Enrique entonces a los cuarenta años. Figura elegante, corte impecable del traje, colores discretos, cordiales ademanes, trastornaron radicalmente el concepto que nosotros teníamos de un profesor de liceo. Nos pareció un caballero acaudalado, un dueño de fundo o un político que se hubiera enamorado de la enseñanza y la ejerciese por afición. Sólo en el contacto directo de la sala de clases, nos dimos cuenta de su amplia cultura y de la novedad del método con que la comunicaba.

Más tarde he pensado que este hombre, a quien tanto debe la cultura de Chile, debió aprovecharlo su patria en otras actividades, más de acuerdo con la aristocracia de su inteligencia y la sólida calidad de su cultura humanística.

¡Qué gran diplomático habría sido don Enrique, con su don de gentes, la flexibilidad de su carácter, la finura de su inteligencia, en lugar de la muchedumbre de politicastos radicales o de aristócratas cursis que han llenado las embajadas, dando a los países extranjeros la idea de un Chile mediocre, falso, que no ha existido nunca. Esto, naturalmente, es mi proyección sentimental, porque si hoy le preguntaran a don Enrique, si está satisfecho de su labor de maestro y de ensayista, estoy seguro que con su más cordial sonrisa y ese apretón de manos en el aire, a la altura del corazón, en él tan característico, diría que esa y no otra era su vocación.

Don Enrique canceló ese mismo día la deuda de horas de castigo, que pusieron en quiebra nuestra libertad, durante meses.

Algunos días después y en un marco algo inusitado (las siete de la mañana de un día de octubre) conocimos a Venegas.

Su actitud concentrada, algo ríspida, era la antítesis de la de don Enrique, aunque en el fondo, y por eso marchaban unidos, se completasen y a eso se debió su éxito en la reorganización del Liceo de Talca.

Lo que era un ademán amplio, generoso en don Enrique era

retraído y mezquino en Venegas. El uno se entregaba; el otro se recogía en sí mismo.

La voz pastosa de don Enrique era de un tiple regocijante en Venegas, como si su garganta estrangulase los sonidos.

Algo desgarbado don Enrique, de pasos largos e inseguros, dándonos, a veces, la impresión de que se iba a ir de punta.

Rechoncho, de cuadrado tórax Venegas y de pasos cortos, trabajosos, como si tuviese que luchar con una irreductible colonia de callos.

Y su inteligencia, hecha de apotegmas, de axiomas, excesivamente lógica, alejaba toda intimidad. Nos dió la sensación de que todo lo había encasillado: moral, amistad, amor, literatura y política.

No habría sido yo seguramente, el que le contase mis aspiraciones y mis desfallecimientos, mi drama personal, en suma.

Más adelante, andando el tiempo y supongo que don Enrique, Armando Donoso y Melfi le atribuyeron excesiva importancia a su libro "Sinceridad", diatriba con algunas observaciones exactas sobre Chile, pero que para escribirla debió emplear un tiralíneas en lugar de una pluma, en tal forma es pobre su sintaxis y vulgar su vocabulario.

Ese día de octubre lo acompañaba un inspector nuevo, con un cuaderno de anotaciones en la mano.

Apresurados, aún soñolientos, con el paño de mano en torno al cuello, los muchachos iban y volvían de los lavatorios, para terminar de vestirse.

El estrépito duró algunos minutos; luego, el silencio. Muchos permanecimos en nuestras camas, dispuestos a descabezar dos horitas más de sueño. Teníamos certificados de médicos amigos que autorizaban estas levantadas tarde. Era lo que buscaba voluptuosamente el acucioso Vice Rector.

Donde advertía el cuerpo arropado de un niño, se paraba y

golpeando con un llavero los respaldares de hierro de los catres, decía con una vocecilla rechinante:

—Arriba, juventud.

Y como habían sido cogidos de sorpresa y no entendían, hablaban de enfermedades vagamente. Entonces, se acercaba Venegas, cauteloso y decía con tono zahorí:

—¿Diga, niño, es enfermo o está enfermo?

Y la voz fingida o no, ese niño de raíz tan pedagógica y sobre todo esa distinción tinterillesca, insidiosa, *de ser y estar enfermo* nos hacía levantarnos rápidamente, sin protesta alguna. Sabíamos que nos llamaría a su oficina y nos echaría un sermón erudito y edificante. Y así fué, pero no nos aprovechó la jaculatoria, porque nuestra atención se fijaba en la ingratitud de la voz, en la pequeña frente aceitunada, invadida de pelos cerdosos y en una barbita de cacique mapuche, un día de guillatún.

Reconozco que sus medidas fueron beneficiosas para el Internado y que su mentalidad, aun empapada de pedagogía trascendental (Oh, Payot y la educación de la voluntad) era superior a la de un profesor común de un liceo de entonces y de hoy.

Venegas era profesor de Castellano y de Francés, pero a pesar de su cultura literaria, no reveló jamás ninguna originalidad, ni en la selección de los autores ni en la interpretación estética de los textos.

Me viene a la memoria una tarde de diciembre, de las últimas que pasé en el liceo y en una clase de Literatura. Venegas llegó a la sala con un libro de tapas rojas de tela y el facsímil de la firma del autor en letras de oro. Era un tomo de poesías de Amado Nervo, edición francesa de Garnier.

Abrió el libro y leyó con su desagradable sonsonete, el poema "Noche Artica", que calificó de disparatado.

Hizo, primero, un elogio del estilo que llamó racional, aplicable a la filosofía y a la literatura y en la literatura a la poesía.

En el fondo, intentaba convencernos que el empleo de las imá-

gènes era algo inútil y elemental. No había para qué recurrir a analogías y metáforas. Toda idea tenía un sustantivo para expresarla y un adjetivo para calificarla.

En mi concepto, no entendió la idea del poeta (influído entonces por Gautier y Lecomte de L'Isle, que evocaba una noche polar, un desierto de nieve, la luna helada y recortándose, a contraluz, la silueta borrosa de un buque abandonado.

Los tercetos terminaban así:

*Ni un rumor. El silencio y la blancura
celebraron a mucho en la infinita
soledad sus arcanos esponsales
y el espíritu sueña en la ventura
de un connubio inmortal con Seraphita
bajo un palio de auroras boreales.*

Hizo Venegas un desmedido hincapié en el último verso, que, en mi concepto, es el mejor del soneto y pasa por alto ese *connubio inmortal*, cursi y rebuscado.

Su crítica se redujo, más o menos, a estos conceptos:

El palio es un dosel portátil (eran las mismas palabras del diccionario de la Academia) que sirve para que el sacerdote que lleva el Santísimo en las procesiones vaya cubierto. Nervo, agregaba, al llamar *palio* a la aurora boreal, empequeñece el extraordinario fenómeno del Polo Norte.

Yo le interrumpí:

—Creo, don Alejandro, que la palabra *palio* adquiere un valor cósmico al ser aplicado a la aurora boreal.

—La analogía es muy lejana, joven—replicó.

—Yo creo que le comunica un sentido místico, casi religioso al paisaje. Y agregué: Peor hubiera sido llamar aurora boreal al palio que usa el cura Espínola en las procesiones.

Hubo un rumor de risas en la clase. Mi intervención no le pareció muy acertada.

—De todas maneras, *niñito* (y aquí el *niñito* se pronunció con el tono de superioridad que él empleaba comúnmente) el problema no se presta a chistes.

En literatura, Venegas era un neoclásico. Recordaba más el prosaico criticismo de Forner que la gracia de Quevedo o el análisis agudo de un Gracián.

Al jubilar, después de la publicación de “Sinceridad”, es justo reconocerlo, sobrellevó estoicamente persecuciones y pobreza.

Una tarde lo encontré en el Ministerio y me habló de un almacén que había instalado en Maipú. Me invitó a visitarlo y un domingo llegué hasta su casa.

Me fué más grato verlo ahí, regentando su almacén, que en el Internado del Liceo de Talca. Por lo demás y esto lo sabían todos en la aldea, la mayor parte de la existencia de los estantes había pasado a manos de pobres y necesitados sin provecho alguno para él. Se le había nombrado, apesar de sus protestas, alcalde del pueblo. Y lo curioso, lo pude constatar personalmente, es que su amigo más íntimo era el párroco de la aldea, un feísimo curita de apellido Urzúa.

A las autoridades eclesiásticas y a las laicas también, no les pareció muy lógico este contubernio entre la iglesia y las logias.

Fuese como fuese, y me atengo a la que me contaron en el pueblo, el cura respondió, para justificarse ante don Crescente Errázuriz, que lo interrogaba sobre este singular maridaje:

—Perdone, Su Ilustrísima, parece que Dios ha querido castigar a los creyentes de poca o mala fe, dándole talento y bondad a los que no creen.

Don Crescente debió cubrir la sonrisa que llenaba su boca escéptica, con su mano tosca de navarro, pero el curita fué trasladado a otra parroquia.

El liceo cambió su fisonomía conventual y aburrida en pocos

meses. Ahora, funcionaba como un motor bien aceitado. Se advirtió, especialmente, una afluencia desusada de lectores en la biblioteca, que don Enrique renovó con las revistas y libros más modernos.

Se cuajaba en el licco y en Talca, un ambiente intelectual puro, un disciplinado afán de cultivarse en literatura y en filosofía, cuya raíz estaba en don Enrique y en su noble curiosidad espiritual.

Incluso, cierto esteticismo, no muy frecuente en nuestra raza, tan poco estética, esteticismo ideológico y al mismo tiempo de forma. Bellos conceptos, pero también bien cortados trajes de tela inglesa.

Don Enrique le había dado un toque original a su nombre, apocopándolo: *Enq.* Este punto, junto a la *q* nos enloquecía. tuvo imitadores. Eliecer Mejías, hoy un distinguido parlamentario radical, se firmó *Eliec.* con el impresionante punto de don Enrique. Y hasta yo estuve tentado de firmar *Mar. Latorre*, pero esta torre, junto al mar no me convenció.

Guyau era el escritor que leíamos entonces. Filósofo malgrado para Francia, de grandes preocupaciones estéticas. Sabíamos poco menos que de memoria *su moral sin obligación ni sanción.*

En esta biblioteca reconocí a Jorge González, porque antes lo había visto en Santiago, en casa de doña Domitila Letelier de Líbano, pariente política de mi familia. Jorge había sido empleado de esa biblioteca en la época de don Gonzalo Cruz y a menudo venía desde el Infiernillo, en busca de libros y de sus amigos.

Tengo presente su traje mal hecho, los abuchados pantalones y el sombrero, encajado más que puesto, en un pelo abundoso y tieso. Libre, como si tuviera vida propia, bajo el ala acaracolada del sombrero, el mechón castaño de su frente, rebelde al peine, pero lleno de carácter. Vi desteñirse ese mechón, a lo largo de los años. Pardo, primero, y blanco un poco antes de su muerte como la espuma de las correntadas del Maule. Y bajo el mechón, los ojillos almendrados, entre mapuches y mestizos, sonreían maliciosos y benévolo. Su corazón acendrabá una tibia cordialidad que no dejaba

de ser aldeana, campesina, para estar de acuerdo con su singular personalidad. Sus amigos, aunque fuesen poetas de segundo orden o políticos provincianos sin importancia, para él eran de primera, porque eran sus amigos.

Me leyó, entonces, sus primeros versos. "Poesías" era su título. Le insinué que una composición, llamada "Misa de Primavera" simbolizaba a todo el libro, tenía el aroma de los primeros amores y de las ilusiones primeras, a pesar de su cercano parentesco con Gutiérrez Nájera. Lo llamó, así, en plural, "Misas de Primavera", colocando ese poema al comienzo del libro.

Además de la influencia de Gutiérrez Nájera, la hay de Bécquer, de Darío, de Juan R. Jiménez, pero el carácter agreste y original de Jorge prevalece en lo que él calificó certeramente de *elegías sencillas*.

Esta congoja elegíaca se purifica y ahonda en "El poema de las tierras pobres" y en "Vera rústica", su culminación lírica.

Muchas tardes, en otoños y primaveras, paseamos por las calles de Talca o nos sentábamos en la plaza, bajo los árboles, en compañía de Armando Donoso que nos asombraba con su prodigiosa memoria y su información sobre Europa y América y de Domingo Melfi, siempre sobrio e impenetrable, que nos leía trozos de "Il Fuoco" de D'Annunzio en italiano, asordinado con su voz de bajo.

A veces íbamos a visitar a Aníbal Jara que hacía sus primeras armas periodísticas en "La Actualidad", de Vargas Clark.

En su pequeña oficina de diario provinciano, atiborrada de papeles y recortes de periódicos, había retratos de los escritores de ese tiempo, españoles, europeos y chilenos.

Jara era un admirador de Azorín y es probable que la influencia del gran esteta hispánico le haya dado la sobriedad y la elegancia que lo caracterizan como escritor.

Conservo aún un ejemplar de "El Alma castellana", de Azorín, con una cariñosa dedicatoria de Jara.